



**Hugo Rodríguez-Alcalá**



## **El Ycuá pacobá**

Durante muchos años me pareció no haber sido él otra cosa que una fantasía de la niñez. El hecho de que apareciera de súbito en mis sueños adultos para desvanecerse enseguida fue fortaleciendo en mí esta creencia. ¿Cómo pudo haber sido real un gran diamante circular, movedizo, acaso pura luz tornasolada que dentro de un marco de viva esmeralda formase un incesante remolino? Debajo de este remolino luciente, transparente, se veía un fondo de granitos de oro que eran alzados por el girar diamantino: unos granitos que no tenían sosiego y parecían felices de participar en una danza luminosa que, a veces, era menos rápida y otras aceleraba su rotación como obedeciendo a un gnomo coreógrafo oculto bajo los giros y luces del agua.

No he mencionado todavía lo mejor de aquel ojo fulgurante abierto en lo verde. Y es que le tengo miedo a su descripción; no sé si podré dar una idea imperfecta, sí, pero más o menos fiel. No la daré todavía aunque con la dilación no gane nada. Esperaré unos minutos o acaso la dé otro día.

¿Dónde estaba el Ycuá? Debo retroceder varias décadas en el tiempo. Esta mano derecha que esgrime la estilográfica debe empequeñecerse hasta poder entrar, entera, en el bolsillo del [95] chaleco. Debo bajar mucho de estatura y ceder lugar a un chico muy chico de unos cinco años. Yo he visto muchos, muchísimos bosques de pinos y bosques de abetos, bosques tropicales enguinaldados de lianas; yo he andado por bosques raquíuticos, espinosos, del Chaco. Ahora debo desver todos estos bosques, para rever un bosque abrigado de sol y fresca humedad, un bosque de terciopelo verde claro tan empapado de luz que la luz pareciera salir de las hojas. Y estas hojas son hojas grandes, mucho más grandes que yo, que ahora estoy en este bosque. Es un bosque de bananos. Los más próximos bananos inclinan sus largas hojas hacia el Ycuá; pero le dejan un espacio franco para que el sol, a mediodía dispare sobre él sus rayos verticales. En torno a aquel círculo brillante, el verde del césped tenía la suavidad del verde de los bananos. El agua nunca escapaba de su círculo mágico: giraba, remolineaba como he dicho, dentro de él.

¿Quién me llevó al Ycuá? No lo sé. Debí yo de llegar a un paraje apartado de Areguá. No había nadie en mi contorno. El Ycuá fulguraba bajo la luz cenital de un día de verano.

El murmurio del Ycuá, apenas audible. ¿Alguien, invisible, cuchicheaba cerca del agua? ¿O serían los pececillos? Porque pececillos, de muy fino dibujo, casi transparentes, giraban con el remolino. Subían, bajaban, suavemente en la masa líquida. Y yo hundí la mano derecha en el Ycuá para apresar uno o más de esos pececillos. El agua no era fría. Estaba seguro de que iba a atrapar a unos diez o doce. Pero mi mano derecha ni siquiera pudo tocar un pececillo. Los pececillos sin prisa alguna, la esquivaban, subiendo o bajando, virando.

Entonces me acosté sobre el césped, boca abajo, y hundí las dos manos en el Ycuá, una para ayudar a la otra: las dos para [96] garantizar el éxito. Todo en vano. Burlones, inasibles, como ígneos trazos en el remolino, se escurrían entre mis manos sin que éstas sintieran el más leve contacto.

¿Cuánto tiempo estuve yo de bruces sobre el Ycuá tendiendo hacia los pececillos mis manos burladas? ¿Se repitió mi visita al Ycuá varias veces? Esto último no podría negarlo ni afirmarlo; pero estoy seguro de no haber jamás atrapado un solo pececillo.

\*\*\*

Durante años llegué a sospechar que el Ycuá, como ya dije, fue una pura fantasía de la niñez. Yo vivía muy lejos del Paraguay. Después se me ocurrió pensar que el Ycuá era otra cosa, a saber: una alegoría de lo que parece posible y es, en rigor, imposible. Los pececillos me enseñaban que hay cosas en apariencia muy accesibles, muy próximas, como por ejemplo, el amor verdadero; pero que estas cosas giran, giran, resplandeciendo, al alcance de la mano sin dejarse atrapar nunca. Durante años quise, inútilmente, que la visión del Ycuá resplandeciente y sus pececillos fugitivos se convirtieran en uno de los poemas de *El canto del aljibe* o de *El portón invisible*. Pero el Ycuá, rebelde, se negó a materializar en verso, por así decirlo, uno de los mitos de mi niñez.

\*\*\*

En 1966 fui a Areguá un domingo de mañana con un viejo amigo, conocedor éste de las obsesiones de la infancia que pueblan los poemarios nombrados arriba.

¿Qué te parece -le dije cuando el coche subía por la calle principal de Areguá-, que te parece si buscamos el Ycuá por todo el pueblo, sin dejar de visitar ningún patio sospechoso? [97]

-Si no lo encontramos hoy, acaso lo encontremos el próximo domingo -dijo. Mi amigo quería ver el Ycuá, del que había oído hablar más de una vez. Las dos primeras horas fueron infructuosas.

-¿Sabe usted dónde está el Ycuá Pacobá? -preguntábamos a la gente que veíamos aquí y allá. Sobre todo preguntábamos a los viejos. Nadie sabía nada acerca de la existencia del Ycuá Pacobá.

Ya perdía yo la esperanza -no era la primera vez que desde mi repatriación buscaba yo el Ycuá; lo había buscado a solas más de tres veces; ya perdía la esperanza, digo, cuando en una ancha calle tapizada de verdísimo césped, a la mano derecha, vi tras un cerco de alambres de púas y sin púas, un bosque de altos bananos. El corazón me dio un vuelco, esto es, tuve una corazonada. A un campesino por allí cerca le pregunté si detrás del alambrado había un Ycuá.

-No sé señor; nunca lo he visto.

Yo le dije entonces, como para usarlo de testigo, que de todos modos quería entrar un minuto, a través del cerco, sólo un minuto, para ver si entre los bananos...

Entramos mi amigo y yo apartando los alambres no muy tensos que nos cerraban el paso. A poca distancia del cerco, rodeado de lucientes bananos, estaba el Ycuá. Era ya mediodía y las imágenes de mi remoto recuerdo y las de mi percepción actual coincidían perfectamente.

-Allí están los pececillos -, observó mi amigo. Pesquemos algunos.

-Imposible -le contesté-; hay que dejarlos girar y girar. Acaso no sean de verdad; acaso sean ilusorios. Solamente ilusorios...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**